

Roberto Castrovido
EL SULTÁN DE LA MALVARROSA
(*La Esfera*, 14-2-1928)

Ha muerto en el Extranjero. Fuera de su patria ha caído, como Garcilaso en Niza, cerca de Menton, y como Luis Vives, el valenciano; Blanco White, Orfila, Amorós, Goya, Moratín, Meléndez Valdés, Silvela (el amigo de Inarco Celenio), Florentino Sanz, Roberto Rober, Ganivet, Salmerón, Nicolás Estébanez, al entierro del que asistió Blasco Ibáñez en París, con cuatro compatriotas más. Lloro al muerto en Fontana Rosa; mas al evocar su recuerdo no aparece ante mí este Blasco afeitado, atildado en el vestir, de finos modales, rico, famoso en Europa y América, sino aquel Vicente Blasco Ibáñez de abundante y rizada cabellera, barba negra y larga, testa imperiosa, mirada audaz, nariz judaica, boca sensual, manos finas, señoriles; bien plantado, pecho ancho de marinero, ademán resuelto, pies pequeños, periodista y orador, caudillo de multitudes, pobre y heroico.

Ahora parecía un parisién. Cuando tuvo los ojos enfermos se daba un aire lejano al poeta italiano D'Annunzio. El otro, el de 1899, era semita, mediterráneo, un árabe español. Por algo le llamaban el Sultán de la Malvarrosa.

Le había conocido aquí, en Madrid. Éramos jóvenes y republicanos federales; formábamos en la Juventud Federal. Don Francisco Pi y Margall le distinguía con su afecto. Los federales madrileños enloquecían de entusiasmo cuando oían hablar al joven valenciano. Le oí en el Circo Hipódromo y en el teatro de la Alhambra. Cuando Pi y Margall, con su voz apagada, lenta y suave, le concedía la palabra, el concurso se estremecía ya, aun antes de oírlo, anhelante y entusiasta. Blasco, erguido, arrogante, se pasaba la mano por la frente amplia, hermosa, y se acercaba a la tribuna. Su voz, intensa y melodiosa; su noble y desembarazado ademán sugestionaban. ¡Vengo de Valencia!, empezaba diciendo, como antes había dicho Darío Pérez ¡vengo de Aragón!, y estallaba frenético el primer aplauso y resonaban vítores a Valencia.

Blasco venía a las asambleas, a los comicios; visitaba el casino de la calle de la Bola; concurría a las plácidas tertulias de Pi y Margall, en su casa de la calle de Leganitos. Marchaba a su tierra, y aquí sabíamos con dolor que había huido a París, que andaba errante por Italia (*el país del Arte*), o que estaba preso en la cárcel de San Gregorio. De aquella cárcel que él recordó en el prólogo de la colección última de sus publicaciones, *Novelas de amor y de muerte*, no salió para presidio, sino para cumplir

en Madrid la pena de destierro por conmutación de la que en un Consejo de guerra le fue impuesta, en castigo de su defensa de la ley de Reclutamiento y de la independencia de la isla de Cuba.

Ya era famoso como novelista. *El Liberal* dio en folletín *La barraca*, que en esa forma había publicado *El Pueblo*. Y *La barraca* hizo leer sus cuentos y sus anteriores novelas *Arroz y tartana* y *Flor de mayo*. Su vida en Madrid estaba dividida, como lo ha estado hasta su muerte, entre la propaganda política y la acción literaria. Pronunciaba discursos, escribía artículos demoledores y hacía excursiones a Toledo, acompañado alguna vez por Mariano de Cavia; alentaba a los pintores jóvenes de su *terreta*; visitaba los estudios de Sorolla y Benlliure, sus paisanos y amigos; era camarada de Cavia, Eusebio Blasco, a quien llamaba su tío; Luis Morote y Dionisio Pérez, que al verle le saludaba con la frase del pastor de *La barraca*: «*Fill meu, t'em portara desgràsia!*». Además de charlar de arte literario y pictórico, de visitar el Museo del Prado y estudios de artistas, y de hacer excursiones a Toledo, El Escorial, Aranjuez, Segovia y Ávila, gustaba Blasco de oír buena música, sobre todo la que disputaba óptima, de Beethoven y Wagner, los dos genios que, con Cervantes, Goya, Victor Hugo y Zola, constituían su Olimpo.

Mas para conocer bien a Blasco Ibáñez, para estimarle casi tanto cuanto él se merecía y para admirar toda la magnitud de su grandeza, era preciso conocerle en su pueblo natal, en su Valencia, y allí tuve la suerte, que lo ha sido y grande en mi vida, de que me llevaran preso por un artículo que desde aquí escribí a *El Pueblo*, del que era y sigo siendo colaborador. A Blasco, que ya era diputado, le dejé aquí. Vivía entonces de huésped en la calle del Prado. Trabajó mi excarcelación, la consiguió y se fue a Valencia. ¡Cómo le recibieron! Me asombró. De la estación (la vieja, situada en los solares de San Francisco, frente a la calle de Lauria) le llevó la multitud como en volandas a su casa, que era la misma redacción de *El Pueblo*. Estaba donde hoy, en la calle de D. Juan de Austria; pero la casa saliente inmediata a la de *El Pueblo* estrechaba la calle, que no es ancha, y allí se amontonaba y estrujaba la multitud dando vivas, y no se dispersaba hasta que *Don Visent* o el *Visentico* de los viejos republicanos se asomaba al balcón y pronunciaba en castellano o en valenciano una impetuosa arenga.

Allí viví cerca de un año con Blasco Ibáñez y su familia. Me habilitaron entre el comedor y el cuarto de baño una habitación. La casa era grande y destartalada.

Blasco vivía con su esposa, doña María; sus hijos, Mario, Julio (aún no había nacido Sigfrido), y arriba habitaba D. Gaspar Blasco, el padre del novelista, con su hija

Pilar y su nieta Libertad, esposa hoy de Fernando Llorca, el ex redactor de *El Liberal*, el gerente de la editorial Prometeo.

Mariano Benlliure, un día que penetró en el hogar de Blasco, le dijo: «¡Che! Vives como un bohemio».

Y así era. Como un bohemio pobre, casado con una dama hermosa y buena; padre de hijos listos, lindos y revoltosos; iluminado por el fuego del ideal, que en él no era solo luz fría, sino calor ardoroso, trabajador, muy trabajador, vivía Blasco Ibáñez, luchador y artista.

Leía incesantemente, en la mesa y en el lecho. Escribía en su *Pueblo* artículos, ya de fiera polémica, ya de revolucionaria tesis, ya de divulgación artística. De esa labor pasaba sin transición a la literaria, que interrumpían comités, juntas, representaciones, y suspendían los viajes de propaganda por la provincia y por la región.

En estas excursiones había que ver a Blasco Ibáñez. Con Azzati, Barral, Ramón Roig, Remigio Herrero, Payá, alguna vez con el doctor Lloret, y con los buenos amigos suyos Fernando Montesinos, Vicente Soler y José Roca, fue a Alboraya, donde vio *La barraca*; a Masanasa, a Alberique, a Buñol, a Alcira, a Játiva, a Sagunto, a Gandía, a Denia, a Pego, a Oliva, a Burriana, a Castellón, a Vinaroz, donde ya me habló de Peñíscola y el papa Luna, lo que prueba cuánto pensaba los asuntos de novelas, que escribía presto.

Le acompañé varias veces. Si la excursión era por la ribera del Júcar, montábamos en la imperial de los vagones, sitio desde el cual se podía contemplar a placer la huerta. Le extasiaba a Blasco, que, locuaz, expansivo, hablaba sin cesar ponderando la gama de verdes... ¡Cómo amaba a su tierra! Llegábamos. La estación, henchida de gente. Tremolaban las banderas. La música empezaba a tocar *La Marsellesa*. Al descender Blasco, un aplauso sostenido, ruidosísimo, que apagaba la música; vítores cortaban el aire cual cohetes, y se disparaban cohetes que eran también vítores.

Los *chiquets*, gritando y dando cabriolas, precedían a la manifestación triunfal. Las mujeres que en ella iban, gritaban agudamente. Desde el balcón de la fonda o de la casa que acogía a los forasteros hablaba Blasco.

El político no borraba al literato en estas excursiones de propaganda republicana. En el viaje a Alcira concibió *Entre naranjos*; en Catarroja, Sueca y Cullera, *Cañas y barro*; en Sagunto, *Sónnica la Cortesana*.

En las paellas solía hablar, antes de los brindis, de sus concepciones literarias, y alguna vez el fuego creador le ganaba, de modo que le absorbía y le impedía brindar, lo que dejaba mustios y asombrados a sus correligionarios.

Aquello fue. La semirrepública valenciana ateniense que presidía Blasco Ibáñez se desvaneció.

Él, tan vigoroso, tan fuerte, tan artista y genial, ha muerto. ¡Qué bien dicen: imposible vivir en el tiempo que se vivió; imposible tornar a bañarse en el mismo río! Queda el recuerdo frío y triste, como el sol en su ocaso. Quedan las antorchas que enciende la amistad, y que no tardará en apagar la muerte.